

Alma Guillermoprieto

Premio Princesa de Asturias de
Comunicación y humanidades
2018

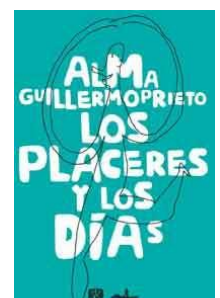
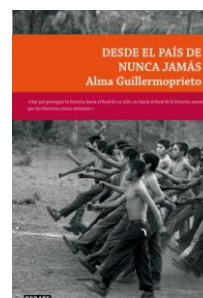
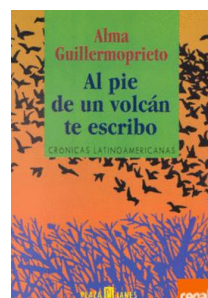
LUNES, 15 DE OCTUBRE DE 2018

Trabajo en el género de crónica

Escribo mucho en primera persona, porque no estoy escribiendo noticias, trabajo en el género de crónica, involucrando mis sentimientos más profundos, y es importante que los lectores lo sepan. Por eso escribo: "yo sentí", "yo pienso", "a mí me pareció", porque con eso quiero decir "a usted, lector, le puede parecer absolutamente diferente", "a usted, lectora, le puede parecer que estoy delirando, pero es lo que yo pienso". Mientras eso se aclare, mientras las cartas estén sobre la mesa y las personas sepan que esa es mi visión -parcial, seguramente- de las cosas, creo que estamos bien todos. Eso ayuda a que haya un acuerdo entre los lectores y quien escribe, y a que no se viole la confianza de los lectores.



(Fragmento de *Entrevista con Alma Guillermoprieto: ¿Cómo informar sobre una guerra con masacres, pero sin batallas?*, de Jorge Iván Bonilla, en *Signo y pensamiento*, revista de la Pontificia Universidad Javeriana de Colombia, Nº 40, I semestre de 2002 Vol. XXI)



Índice

Alma Guillermoprieto
Apuntes biográficos	5
Premios	5
Obras	6
El periodismo literario	6
Obra	11
<i>Samba</i> , 1990	14
<i>Los años en que no fuimos felices</i> , 1998	15
<i>Al pie de un volcán te escribo — Crónicas latinoamericanas</i> , 1995	15
<i>Las guerras en Colombia. Tres ensayos</i> , 1999	17
<i>Desde el país de nunca jamás</i> , 2011	20
<i>Los placeres y los días</i> , 2015	21
Alma Guillermoprieto ha dicho	23
Sobre la escritura	23
Sobre el periodismo	25
Sobre las mujeres	27
Sobre los lectores	29
Sobre la lectura	30
Sobre la música	31

Alma Guillermoprieto

Apuntes biográficos

Alma Estela Guillermoprieto (Ciudad de México, 27 de mayo de 1949), es una periodista, profesora, bailarina y escritora mexicana, que vive en Estados Unidos.

Creció en la Ciudad de México, pero en su adolescencia se mudó, junto con su madre, a Nueva York, donde estudió danza moderna. En 1968 fue contratada para dictar clases de danza contemporánea en la Escuela Nacional de Arte, Cuba (sus recuerdos de esa época los recogió en el libro *La Habana en un espejo*). Fue bailarina profesional hasta 1973.

Su carrera periodística comenzó a mediados de la década del 70 escribiendo en *The Guardian*, diario británico para el que cubrió la insurrección nicaragüense, y más tarde se pasó al *Washington Post*, periódico estadounidense en el que reveló la masacre del Mozote, en El Salvador. En los años ochenta, fue jefa para América del Sur de la revista *Newsweek*. En la década siguiente comenzó a escribir largos reportajes para las revistas *The New Yorker* y *The New York Review of Books*. Esas crónicas fueron recogidas posteriormente en libro bajo el título de *Al pie de un volcán te escribo*.

En abril de 1995 García Márquez la invitó al taller inaugural de la Fundación *Nuevo Periodismo Iberoamericano* en Cartagena de Indias, Colombia, y desde entonces ha dado diversos talleres para jóvenes periodistas a lo largo del continente.

En 2008 fue nombrada profesora visitante en el Centro para Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Chicago.

En 2017 recibe el Premio *Ortega y Gasset* en la categoría de Trayectoria Profesional.

En 2018 es galardonada con el Premio Princesa de Asturias de Comunicación y Humanidades, según el jurado por "*su larga trayectoria profesional y su profundo conocimiento de la compleja realidad de Iberoamérica, que ha transmitido con enorme coraje también en el ámbito de la comunicación anglosajona*", siendo la tercera mujer que consigue este reconocimiento.

Premios

- Premio *María Moors Cabot* en 1990
- Premio a los Medios de la Latin American Studies Association (1992)
- Premio *MacArthur Foundation Fellow* en 1995
- Doctorado Honoris Causa, Baruch University (2008)
- Cátedra Julio Cortázar de la Universidad de Guadalajara (2008)
- *Overseas Press Club Award* (2009)
- Premio *Ortega y Gasset* de Periodismo (2017)
- Premio *Princesa de Asturias* de Comunicación y Humanidades (2018)

Obras

- *Samba* (1990)
- *Los años en que no fuimos felices* (1998)
- *Al pie de un volcán te escribo* — Crónicas latinoamericanas (1995; publicada primero en inglés, el año anterior, bajo el título de *The Heart That Bleeds: Latin America Now*)
- *Las guerras en Colombia: tres ensayos* (1999)
- *Looking for History: dispatches from Latin America* (2001) Recopilación de artículos
- *La Habana en un espejo* (2005; publicada primero en inglés, el año anterior, bajo el título de *Dancing with Cuba*)
- *Los Placeres y los días* (2015)

(Extracto de Wikipedia)

El periodismo literario

El Periodismo Literario tiene muy bien definidos sus límites y características. A este respecto Tom Wolfe, en su obra *El nuevo periodismo* (Wolfe, 1976:49-56) ya avanzó muchos de sus rasgos definitorios:

- La técnica de la construcción escena por escena
- El registro del diálogo en su totalidad
- El retrato global del comportamiento de los personajes
- La técnica del punto de vista en tercera persona

Gran parte de las características del Nuevo Periodismo son compartidas por el Periodismo Literario.

Albert Chillón y Sebastián Bernal, en *Periodismo Informativo de Creación* (Bernal y Chillón, 1985: 93) añadieron tres características más:

- Rompen, hibridan o diluyen los géneros tradicionales
- No están contruidos siguiendo las estructuras informativas tradicionales (pirámide invertida, ley de interés decreciente).
- Huyen del lenguaje estereotipado.

A las ya mencionadas, quizás habría que añadir cuatro características más, analizando algunas de las principales obras publicadas tanto en España como en Latinoamérica, que nos parecen fundamentales para poder caracterizar con exactitud el Periodismo Literario. Ellas son:

- Vinculación estrecha a la realidad política, cultural, social y económica de su país/zona.
- Subjetividad del periodista.
- El drama como eje temático.
- Muestra el “otro lado, la otra cara” de la información.

Vamos a explicar estas cuatro últimas, pues consideramos que son las más novedosas e interesantes para entender estos textos. Pese a que el Periodismo Literario no trata temas de inmediata actualidad, hay una gran vinculación con los problemas más importantes de la sociedad. Como vemos en muchas de sus obras, las temáticas se centran en el tráfico de drogas, política, economía, crímenes diversos, desapariciones, genocidios, etc.

En cuanto a la subjetividad del periodista es quizás una de las principales características que funciona como denominador común de todo el Periodismo Literario. El periodista que se enfrenta a este tipo de textos deja muy claro que es su visión personal de los hechos y no intenta enmascararla o pintarla, la hace evidente y destacable. Se informa desde la subjetividad, cogiéndola como bandera y sin sentirse sonrojado por utilizarla. Los autores de estas obras reflejan sus pensamientos, sus sentimientos y sus opiniones.

Respecto al drama, podemos observar que la mayor parte de estas obras abordan una serie de temas de carácter duro.

Finalmente esa intención de mostrar, el “otro lado”, la “cara oculta” es un objetivo que vemos en estos autores. Profundizan más y más en un tema, quizás muy trillado por los medios convencionales, hasta dar con un hecho o detalle que no se había reflejado antes, o la búsqueda de un punto de vista totalmente diferente que muestra una visión de los acontecimientos nueva y fresca. Manuel Rivas, periodista y escritor español, lo explica de esta forma:

Cuando tienen valor, el periodismo y la literatura sirven para el descubrimiento de la “otra verdad” del “lado oculto” a partir del hilo del suceso. Esto es algo de lo que yo siempre quiero hablar, de cómo estas obras muestran el lado oculto de las cosas.
(Rivas, 1998)

(Fragmentos de El arte del relato sin ficción: la explosión del Periodismo Literario en el ámbito latinoamericano y español en la Sociedad de la Información, de Antonio Cuartero Naranjo en la revista Surco Sur, volumen 4/ Issue 7, University of South Florida)

Ese nuevo periodismo lanzó el primer ataque a la noción de objetividad, considerada patrimonio del periodismo, sinónimo de la verdad, y puso en el centro del relato al sujeto que observa, describe, analiza, e interpreta la realidad. Un nuevo periodismo que se vale de las técnicas de la reportería, de investigar sobre qué ha pasado, sin la inmediatez que rige a los medios actuales, pero sí con el afán de contar aquella realidad que no pasa por las noticias. Eso, en palabras de Alma Guillermoprieto, solo es posible cuando todos los periodistas se han ido.

Guillermoprieto educada con los estándares del nuevo periodismo, llegó muy joven a cubrir la guerra de El Salvador en los años 80. Alma encontró en formas menos esquemáticas la manera de expresar lo que llevaba dentro, a la manera de Xingjian, con la idea de contar más allá de la cifra de muertos, del hecho descontextualizado, o el mero enunciado de nombres y lugares, sin mencionar las recurridas declaraciones de funcionarios que intentan imponer la voz oficial y los periodistas son usados como grandes megáfonos que propagan y repiten esas versiones.

(Fragmento de *¿Qué hacer cuando los periodistas se han ido?*, de David Lara Ramos en *Palobra*, Revista de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación de la Universidad de Cartagena, N° 15, agosto 2015)

Entre los distintos esfuerzos que se han dado sobre cómo hablar del horror quiero mencionar por último en este apartado el proyecto iniciado por la periodista Alma Guillermoprieto tras el hallazgo, el 24 de agosto de 2010, de 72 cadáveres en un rancho en la comunidad de San Fernando, Tamaulipas (*La Jornada*, 25 de agosto, 2010). Según supimos, se trataba de 58 hombres y 14 mujeres, migrantes provenientes de centro y Sudamérica, que habían sido secuestrados por el cartel de los Zetas y habían sido asesinados, se supone, al no dejarse reclutar ni tener recursos para pagar su propio rescate. En el proyecto *72migrantes.com* se agruparon 72 escritores de las más diversas disciplinas (novelistas, reporteros, sociólogos) que se dieron a la tarea de buscar la mayor información posible sobre cada uno de los individuos asesinados, intentando así evitar que, una vez más, se les convirtiera en sospechosos de su propia muerte y, en última instancia, en dígitos de una estadística. Algunos textos reconstruyen hasta donde es posible el drama vivido por las víctimas, en otros se registran las palabras de sus familiares; a veces, cuando no fue posible identificar al muerto, se construyó un texto que intenta dar cuenta de la impotencia y el dolor y dejar una huella que más adelante pueda ser completada. El "*altar de muertos*", como lo denominó Alma Guillermoprieto, es más que un gesto de solidaridad: es la puesta en práctica de la lengua como una herramienta para refutar la subjetividad criminal en boga, el simplismo y la transformación de estas vidas en vidas irreales, insignificantes porque carecían de documentos, vidas que por su propia historia no estaban, para usar las palabras de aquel secretario de gobernación, "sometidas a la ley", y por lo tanto no merecían su protección y respeto.

(Fragmento de *El arte del relato sin ficción: la explosión del Periodismo Literario en el ámbito latinoamericano y español en la Sociedad de la Información*, de Antonio Cuartero Naranjo en la revista *Surco Sur*, volumen 4/ Issue 7, University of South Florida)

Llegó a Nicaragua sin saber siquiera su ubicación en el mapa. Cuenta que hizo lo que vio en las películas: tomar un taxi y pedirle al chófer que la llevara al hotel donde estaban los periodistas. *“En Managua, el cuaderno y el bolígrafo me ofrecían lo que desde ya garantizaba mi permanencia en este oficio: la libertad”*. Aunque en sus libros no hay crónicas de sus dos primeros años como reportera en aquel país —en el prólogo de su libro *Desde el país de nunca jamás*, confiesa que su falta de oficio es transparente—, comenzó a desarrollar uno de los rasgos distintivos de su estilo: contar los grandes temas sociales y políticos desde la perspectiva de las personas comunes.



Foto: Cuartoscuro

Es así como Alma se interesó en la historia de Carlos López, un vidriero de Bogotá, para escribir la crónica de los trabajadores que hicieron su agosto cambiando ventanas, rotas por las decenas de ataques con explosivos lanzados por los narcotraficantes colombianos. O la de Celestino Fernández, el cacique que controlaba los basureros de la ciudad de México, para describir la realidad de los pepenadores¹, que hace 20 años eran como 17 mil; o la de decenas de heridos que llegaban por su propio pie a una clínica de urgencias en Medellín, cuando era la violenta ciudad de los tiempos de Pablo Escobar; o la del pastor Laime, un predicador de la iglesia brasileña *Dios es Amor*, para conocer a los umbandistas de Brasil, una secta que creía que la fe sanaba enfermedades.

Rescató el testimonio de personajes anónimos como Rufina Amaya para descubrir atrocidades como la masacre del Mozote, en El Salvador: una comunidad campesina donde una tropa salvadoreña mató a casi 900 personas, incluidos 120 bebés y niños de brazos. En ese tiempo, el ejército salvadoreño recibía equipo, asesoría y entrenamiento del gobierno de Estados Unidos.

“Estábamos en Mozote. Los ‘muchachos’, como se les llama a los guerrilleros, nos condujeron hacia la plaza principal, donde se erguían las ruinas de lo que había sido una iglesita encalada; las paredes de la pequeña sacristía colindante también parecían haber sido tumbadas a empujones desde afuera. En el

Uno de los rasgos distintivos de su estilo: contar los grandes temas sociales y políticos desde la perspectiva de las personas comunes

¹ **Pepenadores.** Personas que trabajan clasificando y separando la basura para posteriormente vender las partes reciclables. Según la RAE, del náhuatl pepena 'escoger', 'recoger'.

interior, el hedor era insoportable y de entre los escombros sobresalían innumerables huesos: calaveras, costillares, fémures, una columna vertebral”, escribió en una crónica publicada en *The Washington Post*, el 27 de enero de 1982.

El recuerdo de cómo Alma comenzó a reportear condensa la determinación que la ha caracterizado en los siguientes 40 años, y es el preámbulo de sus historias publicadas en el diario *The Washington Post* y las revistas *The New Yorker*, *The New York Review of Books* y *National Geographic*.

El 23 de agosto de 2010, la Marina mexicana encontró 72 cadáveres de migrantes centroamericanos —58 hombres y 14 mujeres— en San Fernando, Tamaulipas. La mayoría de los medios dio la noticia en textos breves, notas escuetas y frías, constreñidas a declaraciones e imágenes de los cuerpos amontonados. Alma decidió reconstruir el hecho a través de historias: en los siguientes meses congregó a un grupo de reporteros, escritores, poetas, analistas, fotógrafos, diseñadores y artistas a los que unía la indignación. Su impotencia se canalizó a un proyecto con el que les “devolvería el rostro y el nombre a los difuntos”: *72migrantes.com*

Lo cuenta Marta Acevedo, editora de libros para niños en lenguas originarias y colaboradora del proyecto:

“Cuando supimos de la masacre en el rancho San Fernando, lo inédito de la noticia, lo abyecto del hecho, sentimos indignación y vergüenza de que eso hubiera sucedido en México. Alma invitó a quienes lo frecuentábamos [el blog *Nuestra Aparente Rendición*] a escribir sobre alguno de los 72 migrantes masacrados para armar un altar virtual para el 2 de noviembre. Nos sumamos al proyecto personas que leíamos el sitio de Lolita Bosch, unos son periodistas, otros son escritores o analistas, o simples mortales que escribimos para expresar nuestra rabia y sentir que la impotencia es menor cuando la dices a los cuatro vientos”.

En *72migrantes.com* están las biografías de los identificados o la historia imaginada de los que no se sabe quiénes eran; las imágenes que describen el trayecto de soledad y esperanza; las rosas que se ofrendan; la música que acompaña el duelo. También está la historia personal de Alma. Así lo describe en una entrevista que tuvimos a media noche a través de Skype: “*Supongo que tal vez por ser de madre guatemalteca sentí que me tocaba personalmente, aunque no fui consciente de eso en el momento; también creo que compartí con muchos de los colaboradores un sentimiento como de vergüenza emocional, de que en este país de migrantes se le estuviera haciendo esto a migrantes más pobres y más indefensos todavía, se me revolvió el estómago. Y, por otro lado, haber pasado cuatro años en Centroamérica hacía que yo conociera muy bien a las personas que murieron, de alguna manera; es decir, yo sabía cómo hablaban y sabía lo que les gustaba comer, y sabía cómo era su*

sentido del humor, y sabía en qué tipo de casas miserables vivían. Entonces para mí eso era algo muy personal. En un país de víctimas, eran más víctimas”.

La naturaleza de Alma es observadora y narra lo que aparentemente es invisible. Sus crónicas se alimentan de historias de gente común y para escribir de ellos no se conforma con preguntarles: los observa, los acompaña.

Sus crónicas se alimentan de historias de gente común y para escribir de ellos no se conforma con preguntarles: los observa, los acompaña

Cuando le preguntan qué relación hay entre su profesión como bailarina y su oficio de periodista, Alma descubre la satisfacción que le generan situaciones complicadas. Para prepararse como bailarina se fue a vivir a los 16 años a Nueva York con su madre, donde trabajó como mesera y vendedora de zapatos para costear las clases con Merce Cunningham, Martha Graham y Twyla Tharp. *“No hay nada más difícil en el mundo que bailar”*, le respondió a Emili Manzano en una entrevista para la Televisión de Catalunya.

“Uno se acostumbra a ese grado de dificultad, es maravilloso poder emplearse tan a fondo en algo, y no encontraba nada que me costara tanto trabajo, así que cuando me topé con el periodismo realmente fue un accidente feliz de la vida. Me di cuenta de que no era tan, tan difícil, pero era muy difícil, y había que pensarle mucho y había que estar despierta todo el tiempo y había que poner atención en todo. Era como un boleto para asomarse al mundo, y eso me gustó”.

(Fragmentos de *Alma, la señora de la crónica*, de Patricia Martínez en *Magis*, revista de la Universidad Jesuita de Guadalajara, nº 425, diciembre de 2011 / enero de 2012)

Obra

Alma Guillermoprieto tiene un profundo bagaje cultural y de información producto de la experiencia y la documentación que se advierte en sus reportajes. Pero no lo presume ni exhibe. Mostrar su talento y el proceso por el cual tuvo acceso a los acontecimientos y a las fuentes no es una de sus señas de identidad. Ella es ejemplar en cuanto a actitud con respecto a la relación con las situaciones que proporcionan las historias y con quienes ofrecen datos y opiniones reveladoras. El reportero recoge la información, la asimila, la analiza y se vuelve fuente de esa información. En ese contexto no resulta necesario que el reportero consigne en qué documentos consiguió la información sobre lo limpios que eran los aztecas y lo asquerosamente que resultó el México colonial, por ejemplo, que le sirve de contexto histórico para la crónica en torno

a los pepenadores capitalinos. Prefiere ganar fluidez con una narración dinámica, sin entorpecer la lectura con atribuciones ni acotaciones. Asume toda la responsabilidad de lo publicado y confía en que sus lectores adviertan que detrás de cada dato, detrás de cada deducción, hay un corazón y un cerebro –el suyo– que trabaja con resultados verificables que dejan claro que estamos ante una profesional de la información. Alma Guillermoprieto sólo presenta los resultados de sus investigaciones y de sus reconstrucciones. Para ella el mensaje no está en la anécdota de cómo logró involucrarse con los santeros de Río de Janeiro; el mensaje, el reportaje, es precisamente mostrar cómo practican la religión los cariocas en circunstancias de supervivencia. Ella no cae en la tentación del periodista protagonista porque procura el distanciamiento. Sí aparece involucrada en la escena: es quien camina y observa, es quien pregunta y escucha, pero no altera los acontecimientos con su presencia que aparece como testigo que sólo ve pasar la vida aunque luego apunta lo que piensa y valora de lo que ve acontecer.

Alma Guillermoprieto se ha gastado la suela de sus zapatos recorriendo América Latina. Pero no va por la libre. A cada sitio arriba con un propósito claro y una idea en concreto. Una idea como tema. Una idea como tesis. Una idea concluyente y en torno a ella busca y pregunta y escucha y descubre elementos que le permitirán comprobar o rechazar y mostrar y explicar cómo la basura en la ciudad de México puede estar habitada y cómo los colombianos de Bogotá y



Foto: Sebastián Jaramillo

Medellín viven a diario con resistencia y asimilación la violencia y el narcotráfico. Va al encuentro con el lugar elegido con la certeza de que la observación es un privilegio, igual los oídos atentos. Se advierte que tiene los contactos y que incorpora situaciones no previstas que le permiten proporcionar al reportaje un contexto enriquecedor. Sus textos no son elaborados desde el escritorio de una redacción. Son textos hechos de pie y en los lugares que le ocupan. Textos hechos en la calle, donde la vida acontece, cerca, demasiado cerca de los acontecimientos, casi de manera fotográfica. Todo ha de servir, hasta señalar como las luces de los semáforos han perdido sus filtros de colores como signo del empobrecimiento de la vida cotidiana del Perú de 1990. Todo es material para la crónica, todo situado en un contexto determinado.

Alma Guillermoprieto no sacraliza las fuentes. No se conforma con la información oficial ni con dos o tres versiones. Busca y encuentra. Aterrizo en la vida diaria, no pierde esa perspectiva. Supedita su trabajo a los hechos y a las reglas de juego del periodismo. No vacila ni con el tema ni con los límites de la profesión: se

mueve entre la información y la interpretación de su gran tema: América Latina y la resistencia de la gente a los males del continente. En sus reportajes no hay filosofía ni literatura desde el punto de vista del lirismo o de audacia estilística. Nunca despega los pies del suelo y se atiene exclusivamente a lo que observa. Sí, va a los antecedentes también, a la interpretación y al contexto, pero no se desvía. Se muestra comprometida con los acontecimientos y a las exigencias del oficio y de la tradición a la que pertenece: la del *The New Yorker*.

Los reportajes de Alma Guillermoprieto están desprovistos del monopolio de la información rápida de los medios de comunicación. Informan y analizan hechos de interés colectivo de actualidad pero tienen signos de que son elaborados sin prisas en semanas o meses. Son reportajes que registran lo que acontece hasta en todo un año en una nación, desde la perspectiva de la parcela que la autora decidió seleccionar como por ejemplo cómo vive México las ambiciones de modernidad a través de uno de los símbolos de identidad como lo es la canción ranchera. Escritos en pasado perfecto, son reportajes de gran aliento y los organiza de tal forma que los hechos no se precipitan sino que se suceden unos a otros, construye escenas independientes unas de otras y las yuxtapone con sus interpretaciones, análisis y deducciones, que pueden identificarse tipográficamente (las primeras tres palabras las escribe en versales) y por el doble espacio que deja entre escena y escena. Con tono expositivo, construye sus reportajes a base de una yuxtaposición de inducciones y deducciones. Muestra y explica. Narra y analiza. Informa e interpreta analizando. Proporciona datos y reflexiones.

Alma Guillermoprieto presenta en forma directa los hechos para lograr claridad y un discurso lógico. Combina detalles –como subrayar las alcantarillas rebosantes durante los aguaceros del verano de 1990 en la ciudad de México– para conseguir verosimilitud y lograr mayor realismo. Emplea anécdotas para humanizar el relato y personaliza sus fuentes: las describe y las califica. Alterna frases cortas con largas y procura introducir elementos coloquiales como cuando dice que un reportero argentino la está pasando “bomba” al cubrir la gestión del presidente Menem. Su escritura está ajena a innovaciones estilísticas. Es sobria, directa y sin rodeos. Los recursos literarios, son aplicados con discreción y están contenidos, y eso es algo característico de la escuela de la revista norteamericana *The New Yorker*, empeñada en dar a conocer desde los años cuarenta del siglo veinte reportajes de profundidad, puntuales y de una veracidad exacta pero sin dejar de lado las bondades de los procedimientos literarios como posibilidad para conseguir calidad expresiva y nuevas sensibilidades.

(Extracto de *Vigencia del relato como sentido de la realidad: análisis de reportajes históricos*, Memoria para optar al grado de doctor presentada por Celso José Garza Acuña, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, 2003)

En Guillermoprieto, veremos más cómo el contexto histórico, el que ofrece la autora, forma una parte fundamental de la estructura de sus crónicas. Así que, sus

narraciones tienen esta doble cara: la de un cuento y la de un libro de historia. Es decir, la autora se enfoca en la parte de la historia que es necesario para que el lector entienda la situación presentada por las anécdotas. Por eso, separamos la historia del discurso dentro de la misma narración. En este sentido, hay dos partes del contexto histórico: la de ver que hay eventos que existirían y de hecho existen fuera del texto, y la parte donde se mezclan los hechos con las estrategias discursivas del nuevo periodismo como los diálogos realistas, las descripciones y detalles de escena y anécdotas. Es precisamente por esta yuxtaposición que tenemos buen ejemplo de la literatura al servicio del periodismo.

Por consiguiente, lo que hace Guillermoprieto es contar la historia, los eventos que existen independientemente del texto, de manera mezclada con elementos del nuevo periodismo.

(Fragmento de *Ensayistas contemporáneas latinoamericanas: testimonios como estrategia discursiva del nuevo periodismo*, tesis de Kimberly Louie presentada en abril de 2012, Universidad Estatal de Arizona)

Samba, 1990

Tejido sobre la base de los testimonios y experiencias cotidianas de los habitantes de Mangüera, favela o vecindario marginal de Río donde la autora vivió durante un año y sede de una de las más auténticas escuelas de samba, este primer libro no sólo logró transmitir la intensidad del Carnaval de Río y su significado en la vida diaria de los sectores populares; *Samba* consiguió también reflejar vivamente la complejidad de las relaciones raciales y de género en la sociedad brasileña de hoy, así como la importancia de las mafias de la droga y las apuestas ilegales tanto en las celebraciones carnavalescas cuanto en el desenvolvimiento del diario trajín en los barrios marginales de la gran ciudad de Río.

(Fragmento de la reseña sobre *The Heart that Bleeds. Latin America Now*, de Alma Guillermoprieto, publicado por Víctor M. Uribe, profesor de la Universidad Nacional de Colombia en *Innovar*, boletín de la Universidad Nacional de Colombia, nº 8, 1996)

¿Cómo es su relación hoy con Samba?

Quiero mucho ese libro. Le veo errores. Es muy largo, la estructura no es la mejor. Me hubiera gustado tener una editora más exigente, que le hubiera cambiado algo. Pero les gustó, y le pusieron ese título espantoso. Lo quiero por lo que fue la experiencia de reportear² y por lo que representa. Fue un año de trabajo. Viviendo en la favela, un mes. Pero yendo todos los días, desde muy temprano y hasta las cuatro de la mañana,

² **Reportar**: Transmitir, comunicar, dar noticia (más utilizado en América) (RAE)

un año entero. Renuncié a *Newsweek* para ir a reportearlo. Después me vine a Bogotá, con mi trasteo, en el 88, a escribirlo.

(Fragmento de la entrevista *Alma Guillermoprieto, maestra del periodismo*, de María Paulina Ortiz, publicada en *El tiempo*, de Colombia, 27 de junio de 2018)

Los años en que no fuimos felices, 1998

Las crónicas, los ensayos, que conforman este volumen fueron hechos por Guillermoprieto para *The New Yorker* tras el levantamiento indígena de Chiapas y el asesinato del candidato presidencial Luis Donaldo Colosio.

Ella que escribe tan bien como cualquier escritor contemporáneo y que puede ordenar los datos de un rompecabezas (en este caso un México caótico) tan fácil como Arthur Conan Doyle y su Sherlock Holmes se dio a la tarea no solo de conseguir un encuentro con el famoso Subcomandante Marcos, sino con cada uno de los miembros del poder (el también famoso PRI), las cabezas de la oposición y, por supuesto, la gente común y corriente, tanto del monstruoso México D.F., con sus taxistas, sus empleados y sus desempleados, sus amas de casa, sus profesionales, sus periodistas... como con los campesinos de esa zona inhóspita, abandonada por el progreso, llamada Chiapas en donde piden cosas tan simples, o tan grandes, como que los niños puedan estudiar más allá del segundo año de escuela primaria.

El resultado de ese trabajo de campo mientras agonizaba Colosio ella fue a la Plaza Garibaldi a nutrirse de lo que decía la gente, y luego, claro, también habló con el presidente Salinas es un conjunto de crónicas que se van uniendo como los capítulos de Rayuela y que terminan entregándole al lector la cosmovisión de un país que, como Colombia, cayó en las redes del narcotráfico (con todos sus muertos) y el drama de una clase política corrupta. Un país que sufre por su presentación como país del primer mundo y, por supuesto, no lo es. Y más allá de todo esto, el drama de unos campesinos que deciden rebelarse con armas de mentiras con escopetas de perdigones para matar torcazas y marchan a una revolución de frutos que, como casi todos, ya están podridos.

México (no el lindo y querido o el de las pirámides y los mariachis) se digiere, enterito, a través de cada una de las páginas de este libro.

(Extracto de *México lindo y querido*, reseña de Fernando Gómez en el diario *El tiempo* de Colombia, 26 de septiembre de 1998)

Al pie de un volcán te escribo — Crónicas latinoamericanas, 1995

Alma Guillermoprieto se inició en el periodismo con la insurrección nacional contra Anastasio Somoza en Nicaragua. La revolución mundial y el socialismo redentor

fueron geografía de sus sueños y pesadillas como joven periodista, y de alguna manera son también el telón de fondo de los trece textos de *Al pie de un volcán te escribo*. Ella misma lo explica de la siguiente manera en el prólogo del libro:

El fracaso en serie de los generalatos durante la década de los años ochenta llevó a una ronda de elecciones –en Brasil, Uruguay, Paraguay, Argentina, El Salvador, Chile, Perú, Guatemala y, por último, hasta Panamá– que fomentó la ilusión en muchos, aquí y en Estados Unidos, de que por fin había llegado la modernidad. Incluso se llegó a pensar que por fin había llegado la democracia. Pero, en una región en la que el 15 por ciento de la población es analfabeta y la mayoría recibe apenas la instrucción más elemental, en la que el 30 por ciento no recibe atención médica y las cárceles permanecen repletas de reos que pueden morir antes de ver que su caso llegue ante un juez, mientras que muchos le tenemos más miedo a un policía que a un ladrón, no es posible limitar la discusión de la democracia a sus ritos electorales. Hacerlo facilita el engaño de quienes, por ejemplo, desde el oficialismo que lleva 75 años en el poder en México, pensaron que las elecciones de agosto pasado desarmarían las explosivas protestas de los indígenas chiapanecos.

La visión de Alma Guillermoprieto es acertada. Ella nos muestra que los resultados de las elecciones no son siempre alentadores en ese pedazo de mundo que ella define tan conmovido, tan trágico y a la vez tan chistoso y siempre, siempre, conmovedor. Lo hace cuando documenta por ejemplo la caída de Fernando Collor de Melo en Brasil durante 1992. Casi diez años después de la publicación de *Al pie de un volcán te escribo*, su discurso se mantiene vigente cuando volteamos los ojos a la Argentina para dar testimonio de una crisis económica sin precedentes y cuando instalamos la mirada en Venezuela a fin de contemplar cómo se intentó derrocar sin éxito un gobierno populista y demagógico pero al fin y al cabo elegido democráticamente. Las crónicas y reportajes de Alma Guillermoprieto están fundamentados en procedimientos versátiles y en estructuras concretas. Su escritura es clara, exacta y eficaz y está emparentada con los textos de viajes pero va más allá de la simple contemplación de un visitante o un turista en el continente: Alma Guillermoprieto habita en América Latina y, ella misma ha definido su actitud en una sentencia muy difundida: *Rara vez –y con pésimos resultados– he escrito sobre otra cosa que no sea América Latina, porque si bien hay otras cosas que me apasionan, no hay nada más que me pertenezca.*

Los textos de Alma Guillermoprieto están entonces más cercanos al documentalismo y, por la visibilidad que consigue, me atrevo a decir que al documentalismo cinematográfico. Publicados originalmente en *The New Yorker* como

Cartas desde América Latina, los textos de Alma Guillermoprieto reunidos en *Al pie de un volcán te escribo* también están cercanos a la literatura epistolar pero carecen del tono confesional de una misiva que se coloca en un buzón con la esperanza de que algún día la reciba el destinatario. Los suyos son textos dotados con resonancia; tienen el propósito de ser escuchados allende las fronteras. Ella misma lo ha explicado en el prólogo del libro en el que cuenta cómo estos textos fueron hechos para explicar América Latina “a los que nos ven desde fuera”. O mejor, precisamos, a quienes leen *The New Yorker*.

[El libro] *“Fue escrito procurando que lo entendieran hasta quienes no conocen nada sobre el tema, así que el lector latinoamericano podría preguntarse qué caso tiene leer sobre lo que uno ya conoce. No se me ocurre realmente una respuesta, pero puedo anotar lo siguiente: los amigos brasileños que han leído los artículos sobre Brasil los detestan, pero comentan con placer el de México y las rancheras. A los amigos mexicanos les da pena ajena la simplonería del artículo de las rancheras, pero se leen el de Medellín de un jalón. Y así. El primer artículo de México, sobre los basureros, se lee un poco mejor en mi tierra a cinco años de distancia. Como dijo alguien, el pasado es el otro país”*.

Escritos originalmente en inglés, los textos de *Al pie de un volcán te escribo* recurren a todas las convenciones lingüísticas del periodismo estadounidense: fluidez y distanciamiento del periodista narrador de los hechos. Al traducirlos al español, Alma Guillermoprieto trató de encontrar un equivalente en nuestra lengua de los procedimientos de escritura periodística que se siguen en Estados Unidos.

(Extracto de *Vigencia del relato como sentido de la realidad: análisis de reportajes históricos*, Memoria para optar al grado de doctor presentada por Celso José Garza Acuña, Universidad Complutense de Madrid, Facultad de Ciencias de la Información, 2003)

Las guerras en Colombia. Tres ensayos, 1999

El libro *Las guerras en Colombia*, de Alma Guillermoprieto, escritora y periodista mexicana, es la recolección de seis crónicas publicadas en el *New Yorker* y en el *New York Review of Books*. Se trata de situaciones y hechos vividos alrededor de la violencia de la guerrilla, del narcotráfico y del paramilitarismo. Aunque se recogen momentos inevitablemente selectivos de nuestra historia reciente, estas crónicas pueden resultar incómodas para los que quieren olvidar nuestro pasado reciente o ignorar nuestra realidad. Están bien escritas y mantienen un equilibrio que ya nosotros hemos perdido.

Guillermoprieto conoce el país, visitó los sitios de los hechos, entrevistó a los principales actores del conflicto y revisó cuidadosamente lo publicado en los medios de

comunicación. Son las épocas del terror de las bombas, de 'La Catedral', del asesinato de Galán y del tenebroso Medellín de Escobar. Más de la mitad del libro la componen tres relatos de los tiempos de la gran frustración del proceso de paz, durante la presidencia de Andrés Pastrana. Es interesante leer el espíritu de optimismo que en esa época se tenía, a pesar de que se reconocieran las dificultades para que las conversaciones llegaran a buen término y de lo absurdo que era negociar sobre bases inciertas. Pero, una frase resulta significativa: "...lo único peor que un proceso de paz protocolizado y estancado es no tener ningún proceso de paz".

Estas crónicas fueron escritas para un público norteamericano y dieron una imagen de nuestro país que no nos gusta, pero que es cierta. A pesar de lo aparente, tal vez no sea mejor la situación de hoy: se han olvidado los secuestrados, sigue la guerra permanente y no se ve la posibilidad de terminarla sin sangre y sin fuego.

(De *nuestras guerras*, reseña publicada por Carlos Castillo Cardona en el diario *El Tiempo*, de Colombia, 5 de noviembre de 2008)

Yo, como cronista, no puedo escribir si no estoy profundamente conmovida. Por eso estoy muy agradecida con Colombia. Ahí, lo que sucede es siempre profundamente conmovedor. Ése es mi punto de partida. No es nada intelectual ni de observación diletante. Es arriesgar en ocasiones hasta el pellejo. Pero no quiero dramatizar.

Colombia es un país que amo por muchas razones: por verde, por alucinantemente hermoso en su geografía. Lo amo porque, los bogotanos en específico, son devotos de dos cosas que me fascinan: la rumba y la lectura. Quiero a mucha gente allá y me quieren mucho a mí. Y tal vez lo amo principalmente porque me ha dado material para pensar. Como escritora amo los lugares que me dan ese material como para masticar, elaborar, reflexionar, meditar. El largo proceso de reflexión sobre los fracasos civiles de América Latina se me ha dado más ricamente en Colombia.

(Fragmento de *Los reporteros no escuchan*, entrevista de Víctor Núñez Jaime a Alma Guillermoprieto en la web Sala de prensa, junio de 2009)

A mediados de mayo de 1997 conocí a Clemente Mosquera en un barrio precario de Cartagena de Indias, donde se había refugiado después de que una patrulla militar mutiló y asesinó a toda su familia en la calle mayor de Apartadó, cerca de la frontera con Panamá. Recuerdo muy bien a Clemente: era frágil y menudo como un pájaro, el pelo oscuro y salvaje, la mirada huidiza, y una cicatriz enorme en la mejilla, abierta por el mismo machete que había segado la vida de sus padres. Estaba a punto de cumplir trece años, pero parecía de seis. Durante la media hora que duró nuestro encuentro en el dispensario del barrio donde vivía, al lado de un basural,

Clemente estaba siempre apurado por marcharse. No tenía nada qué hacer ni adónde ir, pero los largos meses de continua fuga lo habían acostumbrado a no quedarse quieto. *"Todos tenemos que morir tarde o temprano"*, me dijo aquél día. *"Morir temprano es mejor. Se sufre menos"*.

Hace un par de semanas recibí, casi al mismo tiempo, la noticia de la muerte de Clemente Mosquera y un ejemplar de *Las guerras en Colombia*, el extraordinario libro en el que la periodista Alma Guillermoprieto reúne los tres artículos que escribió para *The New York Review of Books* entre abril y mayo de 2000. El libro me permitió entender mejor la interminable violencia que azota a Colombia desde hace medio siglo y, de paso, descubrir una razón para el precoz final de Clemente, que murió en las montañas próximas a Bucaramanga, al nordeste del país. Al parecer, cayó con el fusil en la mano durante una de las cotidianas escaramuzas entre el ejército regular y un pelotón de las FARC o Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, que lo habían reclutado dos años antes.

(Fragmento de *Hojas al viento de una larga guerra*, de Tomás Eloy Martínez en *Revista de Estudios Sociales*, nº 24, agosto de 2006)

La Habana en un espejo, 2005

Alma no llegó a Cuba como reportera sino como bailarina, tras haber fracasado en su intento de entrar a la compañía de Twyla Tharp. Merce Cunningham, su maestro de danza en Nueva York, le había contado que buscaban a una profesora de danza en Cuba y Tharp, que andaba cerca, intervino en la conversación: *"Si fuera usted, yo aceptaría ese puesto. Por estos lados no va a llegar a ninguna parte."*

La historia aparece en *La Habana en un espejo*, una crónica desencantada y deslumbrante sobre la vida en Cuba en ese momento y que fue publicada primero en inglés, en 2004, a pesar de ser quizás el primer texto de largo aliento que Alma escribía en español en muchos años.

(Fragmento de *Alma Guillermoprieto en el espejo*, de Margarita Valencia, en *eldiario.es*, 4 de mayo de 2018)

Lo único que ha hecho en español es su libro *La Habana en un espejo*. *"Tenía que desenterrar recuerdos muy añejos. Me pareció que si no lo hacía en el idioma en que lo viví, no iba a lograr una buena reconstrucción. Por otro lado, me pareció que si lo escribía en inglés iba a entrar en un debate que me ha parecido siempre imbécil sobre Cuba: si es dictadura o no es dictadura, Fidel o no Fidel y el comunismo... y no fue así como viví esa experiencia. Entonces, obligadamente tenía que escribirlo en español para evitar entrar en ese discurso. Pero fue muy difícil. Creo que no lo volvería hacer. Llevaba 25 años escribiendo en inglés y perfeccionando el idioma con el que trabajo. Al tercer capítulo me quedé sin verbos, sin adjetivos, sin adverbios... era desesperante."*

No tenía el vocabulario, los recursos, el idioma, para seguir adelante. Yo creo que ésa es una de las fallas de ese libro”.

(Fragmento de *Los reporteros no escuchan*, entrevista de Víctor Núñez Jaime a Alma Guillermoprieto en la web Sala de prensa, junio de 2009)

Desde el país de nunca jamás, 2011

Desde el país de nunca jamás [es] una selección de sus crónicas sobre la realidad de América Latina escritas entre 1980 y 2010 para los medios estadounidenses *The Washington Post*, *The New Yorker* y *The New York Review of Books*.

Por sus páginas desfilan el conflicto civil en El Salvador, la masacre del Mozote, Sendero Luminoso en Perú, sectas y religiones en Río de Janeiro, la situación en Cuba, las luchadoras bolivianas o el éxito internacional en su día del grupo musical "Menudo", del que luego salió Ricky Martin. Alma Guillermoprieto sigue creyendo en el periodismo y en que hay que seguir las noticias y verificarlas hasta su final. Ella continúa escribiendo e impartiendo su magisterio en la *Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano* que fundó Gabriel García Márquez.

(Extracto de la presentación en el blog de RTVE con motivo de la entrevista a Alma Guillermoprieto en *Hora América* de RNE, 27 de febrero de 2011)

A través de una trayectoria de más de 30 años, Guillermoprieto ha cubierto la guerra civil salvadoreña, el ascenso y caída de la guerrilla peruana Sendero Luminoso, la guerra sucia en Argentina, la Nicaragua pos-sandinista, el conflicto armado en Colombia y la lucha contra el narcotráfico en México.

En sus artículos no hay cátedras sobre "realidades latinoamericanas", pero sí relatos que rebosan detalles: los hay trágicos, inverosímiles, chuscos y los que mezclan todo lo anterior. El tono es sobrio y a la vez cercano, como el de las cartas que se escribían con tinta y viajaban en sobres. Sea en São Paulo, en La Habana, en Bogotá, en San Salvador, en Ciudad Juárez o en Buenos Aires, Guillermoprieto cuenta lo que pasa, aun cuando cuesta creer lo que pasa.

La peculiaridad de que una latinoamericana cuente la colorida cotidianeidad de América Latina a un público anglosajón juega a su favor. *"Trato de contar el cuento bien contado. La intención era escribir una carta para alguien que nunca ha estado ahí y hacerle sentir como si estuviera"*. El tiempo también importa. *"En cuanto un texto tiene siete años, la gente se asoma para leer cómo eran esos países que ya no reconocemos. El pasado es otro país"*. Guillermoprieto, que en su carrera ha conseguido el interés de los anglosajones en una región generalmente dibujada a

través de prejuicios y la reflexión de los latinoamericanos hacia su pasado y presente, opina que para el lector español, América Latina debe ser una prioridad. "*Es una creación que, más que nadie, pertenece a los españoles. Hace 500 años se murió un mundo. Esa conquista y esa colonización dejaron profundas herencias culturales*", asegura.

(Fragmentos de la entrevista de Verónica Calderón, *Babelia*, 12 de marzo de 2011)

Los placeres y los días, 2015

Si la vida fuera siempre terrible, nadie la querría vivir. En tantos años que llevo escribiendo sobre América Latina me ha tocado escribir casi siempre sobre las tantas tragedias que nos azotan. Pero entre medio he vivido deleites y alegrías, y de vez en cuando me he podido dar el gusto de escribir para reírme o aplaudir a algunos artistas inmensos.

Esta fue, pues, una breve selección –porque lo alegre debe ser siempre ligero, y un pesado tomo sería un contrasentido– de reportajes y ensayos de por aquí y por allá, elaborados por gusto propio o cuando algún medio tuvo la generosidad de encargarlo.

Abrió la colección un texto torpe por lo inexperto, y que sin embargo incluí porque permite jactarme de que conocí y entrevisté a Celia Cruz. Que es más –caigo aquí en la inmodestia más abyecta–, durante años me mandó una tarjeta cada Navidad. Era una gran dama, y supongo que lo hacía por cortesía, no pretendo más, pero fue un premio recibir su saludo cada diciembre. Fue, creo, mi primera crónica larga, escrita cuando cubría noticias metropolitanas para el *Washington Post*, y sólo lamento no haber contado con mayores herramientas del oficio para pulir mejor el retrato de un genio.

La primera crónica que me comisionó *National Geographic* me hizo entender de inmediato el privilegio de escribir para una gran institución: ¿qué otro medio hubiera enviado a una reportera durante un mes a Buenos Aires a enterarse del tango? Descubrí las ventajas del periodismo de inmersión. Aprendí a levantarme a mediodía, despabilarme con té y tostadas y almorzar un poco más tarde con grandes vinos y algún bocado de la espléndida cocina argentina. Logré ensayar los pasos del tango en brazos de un maestro de la milonga. Al caer la noche después de un día milagroso se imponía una pequeña siesta; sin ella no era posible disfrutar la larga cena por venir en compañía de milongueros y aficionados, el concierto de tango, y, por ahí de la una o dos de la mañana, la milonga y la obligatoria botella de champaña, Aspirina y litros de agua mineral al llegar al hotel en la madrugada me habilitaban para comenzar la ronda de nuevo al día siguiente. Fueron días de gozo.

A veces reportear también es un vuelo, como cuando en Bolivia tuve la dicha de escribir sobre unas mujeres aymara que habían entregado el alma a la práctica teatral de la lucha libre, con todo y volteretas y saltos mortales. Quizá mi falla fue no haber practicado ahí también el periodismo de inmersión, para ejercitarlo después en otros terrenos. ¡Y a tres caídas, *cuaderno contra billetera, la reportera le aplica tremenda llave al diputado Trastupijes! ¡No se salvará de decir la verdad, toda la verdad...!*

La alegría hace que el tiempo pase más rápido, y así se han pasado los años, volando y bailando. ¡Y lo bailado nunca nadie nos lo podrá quitar! En tiempos trágicos, la música y el baile son un último reducto de vida y humanidad, y las comunidades afroamericanas, que algo conocen de tragedias, guardan en su seno una reserva lúdica que comparten alegremente con nosotros como una especie de bendición. Cuando los integrantes de herencia afrocubana del Buena Vista Social Club se presentaron en el Teatro Metropolitano de la Ciudad de México hace algunos años, el público reaccionó con vivas, aplausos, coros y baile, y con lágrimas de agradecimiento y emoción también. La alegría es emoción, y la reseña del Buena Vista, publicada originalmente en el *New York Review of Books*, es el registro de la emoción que produjeron en su salida al mundo.

Por alguna razón la gula llama a la escritura –los estantes de mis librerías cargan la prueba– y tras largas décadas de ejercer la comelonería sentí necesidad de traducir los placeres de la cocina al lenguaje de las palabras. Y decidí hacerlo en mi propio idioma, como forma de calentar la mano antes de lanzarme a escribir mi primer libro en español. El libro, *La Habana en un espejo*, me prometía un trabajo demorado y penoso; más valía que los ejercicios de calentamiento previo me alegraran la vida. Durante dos años la revista mexicana *Nexos* publicó mensualmente una entrega de una serie que se llamó “*El último de los placeres*”.

De esa serie salió también el germen del único texto sobre comida que logré publicar en el *New Yorker*. En realidad, más que un ensayo sobre los alimentos es un perfil de una mujer admirable; Diana Kennedy, máxima creadora, como Celia, de un género, que en su caso es la antropología de la cocina mexicana. Los lectores habrán encontrado en este atado de palabras el texto de Diana Kennedy y dos columnas de “*El último de los placeres*”. Nunca, con certeza absoluta, nunca, me ha resultado tan divertido juntar palabra con palabra, y añoro los tiempos en que me sentaba a pensar boberías y salían bien. Ojalá que de igual manera hayan complacido pues, los textos de este librito el paladar de sus lectores.

(Extracto del epílogo de *Los placeres y los días*, Almadia / UNAM, 2015)

Alma Guillermoprieto ha dicho.....

Sobre la escritura

Entre las cosas que nunca me propuse: ser reportera; pasar una vida completa recorriendo el tremebundo hemisferio latinoamericano; vivir sin sosiego; padecer -no meses, sino años eternos- el calor del trópico al que soy tan poco afín; considerarme escritora; encontrarme frente a esta acumulación enorme de artículos viejos y recientes y reconocer que, sin querer queriendo, a tontas y a locas y muchas veces a salto de mata, los escribí yo.

(Fragmento del Prefacio de *Desde el país de nunca jamás*, Debate, 2011)

Con la edad y la experiencia uno va adquiriendo mañas, algunas de las cuales sirven para hacer que la nota mejore. Pero lo real es que cada vez que uno empieza un texto nuevo se enfrenta al fracaso porque cada texto tiene sus propias reglas y exige su propia creación. Lo más importante es no dejarse asustar por la posibilidad de ese fracaso. Después de una nota mala seguramente vendrá una mejor.

Cada crónica exige su propio método pero yo siempre digo que hago las crónicas caminando. En cada ciudad camino y camino hasta sentir que empiezo a entender el ritmo, los olores, el lenguaje, los códigos de ese lugar. A partir de ese momento busco un personaje o un incidente que me ayude a explicar el momento en el que se encuentra un país. No me interesan las noticias sino lo que ocurre en la vida de las personas cuando se acaba el noticiero. Leo mucho, y luego le dedico semanas a escribir el texto. Lo más difícil es encontrar la estructura interna de la nota, que está, por así decirlo, esperándome en algún lugar secreto de mí misma.

(Fragmentos de la entrevista digital de los lectores del diario *El País* a Alma Guillermoprieto, 22 de febrero de 2011)

Le tengo miedo realmente a perder la curiosidad que me ha motivado, no es que haya sido siempre mi mayor motivación, pero es una motivación constante y la que me hace seguir en los momentos más duros de este oficio, y tengo miedo a perder la intensidad de esa curiosidad y a lo que vendrá después, aunque al mismo tiempo confío en que lo que vendrá, o vendría después, serían otros descubrimientos maravillosos, empezando por los de mi cocina.

(Fragmento de *Alma, la señora de la crónica*, de Patricia Martínez en *Magis*, revista de la Universidad Jesuita de Guadalajara, nº 425, diciembre de 2011 / enero de 2012)

Siempre llego después de que ha pasado la noticia. Lo primero que me propongo es no ir con la historia que quiero hacer en la cabeza, sino llegar y descubrirla. La mitad de mi tiempo lo invierto en ver el país, hablar con su gente, leer periódicos y buscar alguna situación o algún personaje que me permita una metáfora de lo que se está viviendo en ese momento, y a través de esa metáfora tratar de contar algo divertido, no necesariamente terrible y trágico. Camino, pienso, escucho música, leo revistas del corazón, libros de sociología, de historia... Escribo entre dos o tres reportajes al año.

(Fragmento de la entrevista de Patricia Villaruel, publicada en *El Universo* de Ecuador, 27 de febrero de 2011)

La escritora Alma Guillermoprieto asegura que su trabajo comienza cuando todos los periodistas se han ido. “*Para mí es lo mejor, porque uno puede mirar cada detalle, preguntarse por las razones, y eso no puede hacerse cuando todos los periodistas están en un mismo lugar*” (*Diálogo en Cartagena*, 2008). La propuesta de esta cronista mexicana resulta paradójica en una variedad de sentidos. El primero, está relacionado con la inmediatez como sinónimo de eficacia en la difusión de noticias, que ha hecho, en el mejor de los casos, que los periódicos opten por simplificar sus contenidos.

(Fragmento de *¿Qué hacer cuando los periodistas se han ido?*, de David Lara Ramos en *Palobra*, Revista de la Facultad de Ciencias Sociales y Educación de la Universidad de Cartagena, N° 15, agosto 2015)

¿De qué depende que una historia te interese más que otra y la escribas?

Pues de eso, de la sorpresa y también de la indignación, que es una variante de la sorpresa. El cosquilleo de la sorpresa me gusta. Pero en el fondo, me interesa una historia cuando me dan ganas de contarla. Muchas veces me meto a reportear después de semanas, o meses, o años, incluso, de contarle a los amigos historias que vi en una nota perdida de un diario, o alguna anécdota absurda que alguien me platicó.

(Fragmento de la entrevista de Elvira Liceaga en *Letras Libres*, 22 de abril de 2016)

Siempre he sentido más urgencia de escribir sobre las injusticias que padece la gente de este hemisferio, pero cuando puedo hacerlo sobre otra cosa, soy feliz. Qué dicha escribir sobre las infinitas maneras que tiene la gente, esa misma gente, de sobrevivir y gozar.

(Fragmento de la entrevista de María Paulina Ortiz en el diario *El tiempo* de Bogotá, 27 de junio de 2018)

Sobre el periodismo

Este oficio sirve para que, en el mismo acto de leernos, una persona ciudadana se involucre con su comunidad y su región, su país, su cultura, su mundo. (...) para que al leernos esa persona se entusiasme, se indigne, se asombre, se enoje, sienta alegría o admiración, y a través de esa emoción, participe y entienda”.

(Fragmento de *Para viajar confiadamente al futuro*. En: *¿Hacia dónde va el periodismo? Responden los maestros*. Memorias de la conferencia organizada por la CAF y la FNP. Bogotá D.C., 28 de junio de 2005)

Cuando la vimos, en Guadalajara, México, estaba sentada con unos alumnos de periodismo a los que les contaba su experiencia, en la cátedra Julio Cortázar que presiden Gabriel García Márquez y Carlos Fuentes. Y luego estuvo con Gabo platicando sobre periodismo y hablando de este oficio ante un grupo amplísimo de personas que la escucharon contar, precisamente, la raíz de su pasión por el periodismo y por América.

—¿Qué les ha enseñado a los chicos?

—Nada. Les puse a leer sus propios textos, y a criticarse. Como para dejarles con la idea de que el periodismo es comunidad con los lectores, pero también entre ellos mismos. No hay nada más sabroso que juntarse en una cantina un jueves por la tarde una vez al mes a comentar todos los textos de la semana. Eso es un taller. Un taller mío, por lo menos.

—¿Qué tendríamos que hacer los periodistas que no estuviéramos haciendo?

—Reportear. Y en América Latina y en Estados Unidos tenemos el lavado del narcotráfico como gran tema pendiente. He estado viendo *The Wire*, esta fantástica serie de televisión, y ahí se dice: "Cuando tú, como policía, sigues el hilo de la droga, encuentras droga. Pero cuando investigas sobre el lavado de dinero no sabes a quién vas a descubrir. Y por eso ese trabajo no se hace". Porque a lo mejor das con un secretario de Estado, con el jefe de la basura municipal. Así que en esta guerra absurda contra las drogas no se hace el trabajo más difícil y necesario...

Insisto en que este oficio está muriendo porque no le veo alternativa, pero con eso no quiero decir nada patético... Cuando a mí me hagan la entrevista de los últimos de la especie quiero que quede claro que los que ejercimos este oficio vivimos muy felices, muy sabrosamente, que fuimos como Marco Polo, descubridores de nuevos mundos, y que el escribir, el reportear, el viajar, el comer tortas ahogadas en Jalisco y ostras y champán en París, caminar por paisajes que embelesan y conversar con la gente que más ha sufrido o que más alegría ha dado o que más nos ha inspirado a

todos, presenciar los hechos que han conmovido al mundo y vivir, como los gatos, siete vidas en una sola..., todo eso ha sido un privilegio y una maravilla.

(Fragmentos de la entrevista de Juan Cruz en *El País*, 1 de febrero de 2009)

Entre las dificultades de ser *freelance* está, por supuesto, la económica... Pero levantarse todas las mañanas e inventarse la vida de pe a pa, no es poca cosa. Resolverse existencialmente todos los días, no es poca cosa. Es una gran posibilidad. Yo creo profundamente en las posibilidades de la libertad. Creo que es la manera más plena de vivir como ser humano, para mí. Y ése es el camino que elegí.

(Fragmento de la entrevista de Víctor Núñez Jaime en el blog *El oficio de narrar*, tomada de milenio.com, 24 de abril de 2008)

—¿Cómo le hace para establecer empatía con sus interlocutores?

—Es un conflicto moral eterno: uno no quiere que sus entrevistados queden desprotegidos o sufran. Pero mi problema es el contrario: ¿cómo hago para que no me cuenten todo? Yo tengo una cara de enfermera o no sé... porque me cuentan todo, todo. El gran secreto para un reportero es confiar en que todos queremos contar nuestra historia. Todos. Todos queremos ser comprendidos. Escuchados. Y los reporteros, la mayoría de las veces, no escuchan. Van en busca del entrecomillado y no en busca de la verdadera historia que hay detrás del entrecomillado. Pero si uno va en busca de la verdadera historia, el entrevistado percibe eso y lo agradece más de la cuenta.

(Fragmento de *Los reporteros no escuchan*, entrevista de Víctor Núñez Jaime a Alma Guillermoprieto en la web Sala de prensa, junio de 2009)

La situación de los medios es tan negra porque estamos en medio de una revolución. Yo tengo muy claro que hay que inventar el periodismo de mañana casi a partir de cero. Pero ese periodismo ya no lo voy a inventar yo. Lo inventarán ustedes a través de un proceso de errores, fracasos y aciertos. Sólo habrá una constante: seguiremos siendo los ojos a través de los cuales los que se quedan en casa miran el mundo, y por lo tanto siempre habrá necesidad de periodistas.

Cada crónica exige su propio método pero yo siempre digo que hago las crónicas caminando. En cada ciudad camino y camino hasta sentir que empiezo a entender el ritmo, los olores, el lenguaje, los códigos de ese lugar. A partir de ese momento busco un personaje o un incidente que me ayude a explicar el momento en el que se encuentra un país. No me interesan las noticias sino lo que ocurre en la vida de las personas cuando se acaba el noticiero. Leo mucho, y luego le dedico semanas a

escribir el texto. Lo más difícil es encontrar la estructura interna de la nota, que está, por así decirlo, esperándome en algún lugar secreto de mí misma.

(Extractos de la entrevista digital de los lectores del diario *El País* a Alma Guillermoprieto, 22 de febrero de 2011)

Me encuentro un poco más optimista que hace dos años, porque he ido reconociendo que la narrativa, el cuento, la historia bien contada, es una necesidad fundamental de los seres humanos. Es decir, nosotros somos la historia que nos contamos a nosotros mismos de quiénes somos. Yo soy la que me cuento que soy. Entonces tenemos necesidad de contarnos cuentos y de escuchar los cuentos que nos dicen cómo es el mundo.

(Extracto de la entrevista de Diego Salazar en *Letras Libres*, nº 68, junio de 2011)

Me parece que como reporteros tenemos tantas tareas. Ya sea que escribamos reportajes cortos o largos, hay tantas cosas que tenemos que lograr. Uno de los grandes temas que debemos enfrentar hoy es la globalización, sea lo que sea que signifique esa palabra. Las noticias del mundo nos llegan de todas partes, de una manera que jamás antes había ocurrido. A través de YouTube, a través de Twitter, a través de cosas que se publican en la red internacional, a través de muchas cosas, podemos acceder a más cosas del mundo que en cualquier otra época. Eso es algo que causa vértigo. Al mismo tiempo, vivimos en medio de esta tremenda revolución tecnológica que tratamos de mantener —por lo menos yo trato— a cierta distancia de nuestras vidas, porque es tan veloz y tan abrumadora que uno intenta asimilar los cambios poco a poco hasta donde es posible para luego dar el siguiente paso. Creo que dentro de ese contexto de cambio tan acelerado, y de esa gran avalancha de información, el reportaje de largo aliento es como un lugar en el que uno puede reposar y comenzar a entender el mundo —al menos un pedacito—, digerirlo y, al mismo tiempo, apropiárnoslo, para, con esa base, poder formular nuestras propias preguntas al respecto.

(Fragmento de *Periodismo narrativo*, diálogo entre Ama Guillermoprieto y Juan Villoro, moderado por Andrea Aguilar que tuvo lugar el 31 de mayo de 2013 en el marco de la BookExpo América 2013, publicado en *Tierra Adentro*, web de la Secretaría General de Cultura del Gobierno de México)

Sobre las mujeres

Uno de mis editores, Bob Gottlieb, dice: “Nunca estás feliz hasta que metes en tu reportaje a una pobre anciana que sube una cuesta cargando un balde de agua en el hombro mientras canta”. Y es verdad, tiendo a incluir personajes que caben en esa

categoría. ¿Es eso una cuestión de género? Tal vez tiendo a ver más a las mujeres que a los hombres, no lo sé.

(Fragmento de *Periodismo narrativo*, diálogo entre Ama Guillermoprieto y Juan Villoro, moderado por Andrea Aguilar que tuvo lugar el 31 de mayo de 2013 en el marco de la BookExpo América 2013, publicado en *Tierra Adentro*, web de la Secretaría General de Cultura del Gobierno de México)

Entre las primeras víctimas que aparecieron en las páginas de sucesos de la prensa local estaba una chica de trece años de edad de origen humilde, Alma Chavira Farel, cuya muerte todavía se utiliza como el comienzo de la lista oficial de víctimas. Su cadáver fue encontrado en enero de 1993 en un solar vacío en un barrio de clase media, había sido violada, golpeada y estrangulada, dijo el breve comunicado de prensa, pero todavía hoy no hay ninguna explicación de por qué el cuerpo violado de una muchacha joven podría haber terminado en ese lugar. El siguiente mayo, fue encontrado el cuerpo de otra víctima violada y estrangulada de nombre desconocido. Se descubrió en las faldas del Cerro Bola, un cerro alto con vistas a Juárez que tiene rotuladas las palabras "Lea la Biblia". Un tercer cadáver apareció en junio. Esta chica había sido apuñalada y le prendieron fuego. Otra víctima anónima, encontrada en las orillas del río Grande, había sido violada, empalada y apuñalada; había sido golpeada en la cabeza. En 1993, Esther Chávez, que acababa de fundar un grupo de apoyo a los derechos humanos y tenía una columna semanal sobre cuestiones feministas en el periódico *El Diario* de Juárez, había leído los relatos de los asesinatos en las páginas de sucesos de los periódicos. Empezó a tomar nota, llevar cuenta y escribir sobre los asesinatos. Era la primera vez que el asesinato de mujeres en Juárez había sido tratado como un asunto de interés público. Fue años antes de que el resto del país empezara a prestarle atención.

(Fragmento de *A Hundred Women. Why has a decade-long string of murders gone unsolved? -Cien mujeres. ¿Por qué una larga cadena de asesinatos de una década sigue sin resolver?-*, publicado por Alma Guillermoprieto en *The New Yorker*, 29 de septiembre de 2003)

El machismo y un mandato prolongado son, por supuesto, dos aspectos que definen al *caudillo* — el dictador carismático y de brazo fuerte cuyas encarnaciones sucesivas, desde Facundo Quiroga hasta Fidel Castro, han sido la ruina de la vida política latinoamericana—. Las largas y brutales dictaduras de los años sesenta, setenta y ochenta parecían haber agotado la paciencia de la gente con los hombres fuertes de cualquier tipo. Y sin embargo, aquí están de nuevo, en las personas de

Chávez, Uribe, y Daniel Ortega de Nicaragua, cuya notable falta de personalidad o distinción intelectual no ha sido un obstáculo para los repetidos mandatos presidenciales y ahora el gobierno virtual de un único partido.

Tal vez sea una reacción violenta: la muy popular Michelle Bachelet, que resulta que es una mujer, está terminando un mandato exitoso como Presidenta de Chile, mientras que otra, Laura Chinchilla, acaba de ser elegida Presidenta de Costa Rica. Otras mujeres candidatas esperan en las alas de toda Latinoamérica. Ninguna de ellas es conocida por jugar a los ataques verbales ni por disfrutar dando patadas a un saco de arena, por lo que cabe esperar que Chávez y Uribe no estén, de hecho, anunciando el regreso del *caudillo*, sino dando un último hurra por el machismo vergonzoso. Sería un gran alivio.

(Fragmento de *The Return of Macho Politics?* (El retorno de la política machista?), publicado por Alma Guillermoprieto en *The New Yorker*, 24 de febrero de 2010)

Sobre los lectores

Los lectores son nuestro aire y nuestra motivación de cada día.

(Extracto del mensaje de despedida de la entrevista digital de los lectores del diario *El País* a Alma Guillermoprieto, 22 de febrero de 2011)

... yo quería transmitir esa sensación de intimidad que busco con los lectores al contarles un cuento. Lo que yo cuento es reportería, obviamente, pero lo cuento con la intención de seducir, de mantener a los lectores en un estado grato mientras escuchan un cuento.

(Fragmento de la entrevista de Diego Salazar en *Letras Libres*, N° 68, junio de 2011)

Los términos de objetividad y subjetividad ofuscan un poco la discusión, así como hablar de derecha e izquierda no ayuda a aclarar qué es lo que está ocurriendo. Todos los que reportamos tenemos corazón, y la tendencia humana es inclinarse por alguien o por alguna de las partes en conflicto. Sin embargo, mi obligación es ser consciente de que si yo siento una verdadera pasión por Manuel Marulanda, para poner un caso muy hipotético, mi obligación es asumir que mientras más pasión siento por ese personaje mayor será mi obligación de reportear todos los aspectos negativos que puedan surgir ante mi vista en la manera de actuar de Marulanda. Eso es la equidad, ser consciente uno mismo de sus tendencias a parcializar, y tratar de corregir esa desviación. No es que un sentimiento sea una desviación, pero para los lectores sí lo es, porque cuentan con nosotros para informarles de los hechos de la manera más

completa posible. La otra cosa importante es poner las cartas sobre la mesa. Yo trato de ser muy clara en mis artículos. Escribo mucho en primera persona, porque no estoy escribiendo noticias, trabajo en el género de crónica, involucrando mis sentimientos más profundos, y es importante que los lectores lo sepan. Por eso escribo: "yo sentí", "yo pienso", "a mí me pareció", porque con eso quiero decir "a usted, lector, le puede parecer absolutamente diferente", "a usted, lectora, le puede parecer que estoy delirando, pero es lo que yo pienso". Mientras eso se aclare, mientras las cartas estén sobre la mesa y las personas sepan que esa es mi visión -parcial, seguramente- de las cosas, creo que estamos bien todos. Eso ayuda a que haya un acuerdo entre los lectores y quien escribe, y a que no se viole la confianza de los lectores.

(Fragmento de *Entrevista con Alma Guillermoprieto: ¿Cómo informar sobre una guerra con masacres, pero sin batallas?*, de Jorge Iván Bonilla, en Signo y pensamiento, revista de la Pontificia Universidad Javeriana de Colombia, N° 40, I semestre de 2002 Vol. XXI)

Soy una escritora maliciosa, irónica, compinche de los lectores, burlona, pero chistosa, algo que no se refleja en las traducciones, lamentablemente, no por falta de empeño de los traductores, sino porque es difícil transitar de la ironía y el humor al chiste.

(Extracto de la charla con la escritora Rosa Beltrán en el Centro Cultural Universitario de Ciudad de México)

Empleo mucho la primera persona, y en América Latina la gente me pregunta, "¿Por qué utilizas la primera persona? ¿No es narcisista? ¿Acaso no está mal?" Creo que empleo la primera persona como una herramienta narrativa, y ubicarme a través de ella en el lugar del lector. Cuando digo, hice esto, hice aquello, intento que el lector sienta que es él quien está haciendo tal cosa, viendo tal cosa.

(Fragmento de *Periodismo narrativo*, diálogo entre Ama Guillermoprieto y Juan Villoro, moderado por Andrea Aguilar que tuvo lugar el 31 de mayo de 2013 en el marco de la BookExpo América 2013, publicado en *Tierra Adentro*, web de la Secretaría General de Cultura del Gobierno de México)

Sobre la lectura

Sólo diré que casi nunca he leído otra cosa que no sea ficción. Si comparo con la cantidad de literatura de ficción que leo, casi no leo obras de otro tipo. Supongo que mis trucos narrativos o la estructura [inconsciente] provienen sobre todo de la ficción.

Pero no miento. ¡Jamás miento! No obstante, mis ideas para escribir un reportaje provienen de la ficción más que del periodismo.

(Fragmento de *Periodismo narrativo*, diálogo entre Alma Guillermoprieto y Juan Villoro, moderado por Andrea Aguilar que tuvo lugar el 31 de mayo de 2013 en el marco de la BookExpo América 2013, publicado en *Tierra Adentro*, web de la Secretaría General de Cultura del Gobierno de México)

La lectura es un espacio en silencio y vivimos en un mundo extraordinariamente ruidoso, entonces cuando uno ve a los jóvenes leyendo en el Metrobús, que es diferente a ir con el celular, la lectura es ese espacio de silencio en el cual puedes entender lentamente y eso llama la atención.

La lectura es una manera de tener esperanza.

(Extracto de la charla con la escritora Rosa Beltrán en el Centro Cultural Universitario de Ciudad de México, 22 de mayo de 2018)

Leí *Cien años de soledad* en una sola noche. Estaba en Nueva York viviendo con mi mamá y una amiga de ella llegó de México y nos dijo: les traje este libro que lo tienen que leer porque es maravilloso. Eso fue en 1967. Amanecí leyéndolo, despacito para que no se acabara. Entonces pasar por Aracataca fue maravilloso. Y una cosa más increíble todavía, absolutamente absurda: a la salida se nubló muchísimo, se puso negro, como que iba a caer un aguacero, y cuando me di cuenta había en la ventana una nube de mariposas amarillas.

(Fragmento de la entrevista de María Paulina Ortiz en el diario *El tiempo* de Bogotá, 27 de junio de 2018)

Sobre la música

Al igual que aquel álbum de los Beatles, el impacto de *Buena Vista Social Club* comienza en la portada. Lindísima, sorprendente pero no desconcertante, no se parece a ninguna. Las fotos de carátula y contraportada muestran las calles extrañamente solitarias del centro de La Habana: unos cuantos transeúntes pasan al lado de automóviles de otra época, encallados ahora en el presente cubano. Un hombre muy negro, enjuto y entrado en años, se acerca a la cámara sin prestarle ninguna atención. Tiene el atuendo y la actitud del típico chévere (ser jactancioso que se distingue por su habilidad para ganarle al destino). Arruinado pero airoso, su caminar llama respetuosamente la atención a su boina y sus zapatos blancos (no importa que el calzado sea de lona y no de cuero), el cigarro que lleva en perfecto equilibrio entre los labios, y su swing. La fotografía, hermosa en sí misma, nos permite descifrar otro

motivo fundamental del éxito del *Buena Vista Social Club*. Al ver esa imagen nos sorprende y atrapa el corazón la nostalgia por algo que no sabíamos que nos faltaba. Ese algo es Cuba.

Los interesados pueden seguir el desarrollo artístico de la música popular cubana en una compilación de dos discos compactos (*Cuba 1923-1995*, Frémeaux & Associés). En el primero, que incluye grabaciones de las décadas de 1920 y 1930, podemos escuchar a músicos que ya eran muy conocidos en Cuba —Ignacio Piñero, Arsenio Rodríguez— tocando canciones que después se volverían mundialmente conocidas. La música es deliciosa pero, en esta etapa inicial, apenas se distingue del folklor. El segundo disco, en el que aparecen muchos de los músicos del anterior, trae cuerda de principio a fin. En los diez o veinte años que separan al primer disco del segundo, la técnica de los músicos populares cubanos, así como su visión del mundo y de su propia música, evolucionó de lo folklórico a lo cosmopolita. Tocaron las canciones y absorbieron las lecciones del compositor Ernesto Lecuona, quien tenía formación clásica pero también los había escuchado a ellos con minuciosa atención. Viajaron a Nueva York y encontraron la forma de atravesar la barrera del lenguaje. Escucharon jazz e incorporaron su configuración de instrumentos y de arreglos. Por último, en los antros de placer de La Habana, frente a la multitud de parejas que danzaban en un éxtasis casi narcótico, sintieron la dicha de ser grandes entertainers — esa categoría de artista que se dedica a provocar euforia en su público. Los músicos cubanos aprendieron a soñar con ese público tal y como desde entonces nosotros hemos aprendido a soñar con ellos, arrobados y anhelantes.

(Fragmentos de *Los placeres y los días*, Almadia, UNAM, 2015)

Todas las músicas afro me mueven mucho. Desde el blues de Chicago hasta, no tanto la bossa nova, sino la samba propiamente. Pasando por la salsa cubana y neoyorquina. Y la clásica, claro. Pero hoy escucho mucho menos música que antes. No sé si es porque no tengo un equipo bueno acá, pero la verdad es que no escucho ni remotamente lo mismo. Creo que es un asunto logístico. A todos nos fue dando jartera eso de sacar un disco compacto y ponerlo. Y lo digital no es lo mismo. A veces ni siquiera oyes las canciones completas.

(Fragmento de la entrevista de María Paulina Ortiz en el diario *El tiempo* de Bogotá, 27 de junio de 2018)



Clubs de **L**ectura
de
Bibliotecas **P**úblicas de Asturias

Elaboración: Grupo de Trabajo de Animación a la Lectura
Edita: Sección de Coordinación Bibliotecaria
Consejería de Educación, Cultura y Deporte. Principado de Asturias
Plaza Daoíz y Velarde, 11
33009 Oviedo

Depósito legal AS 3261-2018